

Versión online de Las Cartas de Kátsar: septiembre 2015

Este capítulo pertenece a la obra original de Las Cartas de Kátsar, © Alejandro Pino Alamillo .

© Derechos de edición reservados.

Alejandro Pino Alamillo.

Alejandro Pinø Alamillo.

www.alejandropino.net

alejandropinoalamillo@gmail.com

Colección Novela

© Alejandro Pino Alamillo

Edición: online a través de www.alejandropino.net .

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Todos los contenidos de las páginas web de Alejandro Pino, ya sean fotografías, imágenes, dibujos, textos, audio, video, software, logotipos y diseño, están protegidos por la normativa de Propiedad Intelectual e Industrial, en particular por el RDL 1/96 que aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la Ley de Marcas 17/2001.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) o al autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47; www.alejandropino.net).»

Las Cartas de Kátsar

Capítulo VIII. En costas peligrosas

por

Alejandro Piñor Alamillo

Al parecer estaba destinado a acabar mínimo una vez a la semana en aquella apestosa ciudad portuaria llamada Brionne. Según Alatirno, si queríamos llegar al norte de Mérlobock lo mejor era coger un barco con el que bordear la costa oeste de la isla. Además, así evitaríamos los más que probables contratiempos de cruzarnos con asaltantes y bandidos. Aunque Brionne pertenecía, al igual que todos los puertos y asentamientos de la isla, a la administración de los Halfrings, para cuando el Hír quisiese darnos caza ya estaríamos lejos de las zonas pobladas.

—Necesito un barco que nos lleve al norte de la isla—dijo Alatirno agitando una bolsita de cuero cargada de monedas— y debemos zarpar esta misma noche.

El capitán del barco en cuestión era bastante mayor para ser un humano, era calvo, la barba le raleaba, su mentón era fuerte y prominente mientras que sus pómulos estaban hundidos dándole un aspecto cadavérico. Podría incluso aventurar a decir que aquel hombre era ciego pero no podría afirmarlo con certeza sin antes haberle lanzado un cubo a la cabeza y comprobar si hubiese sido capaz de esquivarlo.

—¿Al norte? Pero señor, ¿qué asuntos pueden llevarle a una zona tan inhóspita? No es época de cazar ballenas.

—Mi querido amigo, no necesitamos ir a cazar ballenas, lo que necesito es que nos lleves hasta las Calas de los Ahogados.

Aquel viejo muerto viviente no pestañeó, incluso me pareció ver cómo se dibujaba una sonrisa en su decrepito rostro.

—Eso podría costarle otra bolsa de oro.

—Llena tu vieja nave de Sangre de Trasgo y comida y te daré dos más—sentenció Alatirno estrechando la mano al viejo capitán.



Tras un par de días navegando el aburrimiento se apoderó de mí, había muy poco que hacer en aquel barco salvo beber, marearse y vomitar por la borda. Mérlobock se divisaba al este, su silueta se recortaba bajo un manto amenazador de nubes. En todo momento teníamos la isla a la vista, bordeándola con paciencia sobre el mecer de las

olas. Viajábamos en un navío sin bandera, con unas sucias velas desplegadas y cuya cubierta estaba iluminada por unas lámparas de aceite. Apenas se oía nada, salvo los crujidos de la madera y el tintineo de cadenas. Estaba tranquilamente embelesado en mis pensamientos, descansando en la proa del barco, cuando noté una presencia.

—Hola, Alatirno.

—¿Sangre de Trasgo?—dijo mi seboso amigo alzando dos jarras de madera rebosantes de espuma.

—Eso siempre—asentí sonriendo.

Observé como las primeras estrellas se encendían en el cielo. ¿Serían las mismas estrellas que yo veía desde mi antiguo hogar?

—¿Nostalgia?—preguntó Alatirno tras dar un trago a su cerveza.

—¿Cómo dices?

—Cuando un hombre suspira mirando al horizonte, o echa de menos a una mujer o echa de menos su hogar—hizo una pausa para volver a beber—, ¿qué echas tú de menos?

—Mi libertad—contesté sin apenas reflexionar mi respuesta.

Sabía que Alatirno se disponía a decir algo más pero entonces apareció el capitán del navío.

—Señores, nos estamos aproximando—anunció con una voz terriblemente tétrica.

Pude notar como el ambiente se enrarecía. Una espesa capa de niebla se había ido apoderando del mar, impenetrable incluso para la mirada de un demonio.

—No tenga miedo, forastero—me dijo sin mirarme—, conozco bien estas aguas malditas.

—¿Aguas malditas? No nos vengas con cuentos de marineros—dijo Alatirno riendo.

—No son cuentos, yo mismo navegando hace unos años por estas aguas, vi cómo...

—¡Silencio!—dije sobresaltando a los otros dos tripulantes—. ¿Qué ha sido eso?

Los tres guardamos silencio e intentamos escrutar la niebla.

—No ha sido nada, será alguno de mis hombres paseando por la bodega—respondió el capitán.

—No, mirad—dije señalando una mancha negra en la blanquecina niebla iluminada por la luna.

La punta de proa de un barco negro quebró las sombras. Una extraña embarcación sin rumbo definido, velas ni banderas apareció en el silencio de la noche.

—Tiene pinta de haber naufragado hace mucho tiempo—dijo el capitán observando el navío.

—Qué cojones...—farfulló Alatirno de repente, como si no estuviese seguro de lo que estaba viendo.

Yo sabía lo que había llamado la atención de mi gordo amigo. Había una persona atada en el palo mayor, y cuanto más se acercaba a nosotros aquel barco de maderas negras, mejor se apreciaba el brillo de unas blanquecinos huesos atados al mástil.

—¡Mierda, vamos a chocar!—exclamó el capitán antes de darse a la fuga en dirección al timón.

Oímos cómo gritaba órdenes a marineros invisibles que no habíamos visto durante el viaje y estos corrían de un lado para otro. Miré el rostro asustado de Alatirno y le dije:

—Agárrate.

En cuestión de segundos el navío impactó contra nuestra embarcación. Hubo un fuerte ruido, como de cientos de tablas de madera astillándose al mismo tiempo, después vinieron los gritos. El suelo bajo nuestros pies temblaba con violencia como si de un momento a otro se fuese a partir en dos. La niebla se había apoderado de las naves, abrazándolas con un frío y húmedo manto blanquecino que apenas dejaba ver más allá de nuestros pies.

—¡Kátsar, tenemos que subirnos a uno de los botes!—gritó Alatirno desde algún lugar cercano.

A pesar del impacto, un estremecedor silencio se había apoderado del momento. Oí susurros y pisadas en cubierta. Divisé sombras que se deslizaban con rapidez de un lugar a otro. Avancé a tientas en busca de Alatirno, el cual me llamaba con desesperación. Por fin vi que mi benefactor se las apañaba para soltar un viejo bote.

—¡Kátsar, sube!—el bote descendió un poco y rozó el agua salada con Alatirno en su interior—. ¡El barco se está hundiendo!

Me sentía en una especie de trance, sin miedo, sin prisa. Con una tranquilidad impropia del momento me dispuse a bajar al bote cuando una mano me agarró con fuerza y tiró de mí hacia atrás. Intenté zafarme de alguien o algo que no fui capaz de visualizar. Ante la fuerza con que tiraban de mí, desenfundé a *Esfinge* y con un corte limpio y silencioso me liberé. Corré un par de metros por la cubierta y de un salto descendí al bote donde estaba Alatirno, ya con los remos preparados, listo para huir de allí.

—¿Y el capitán?—pregunté volviendo a guardar a *Esfinge*.

—Él y su tripulación habrán ido al resto de botes, en cuanto se despeje la niebla nos reuniremos.

No se oía absolutamente nada. ¿Dónde estaban los demás? Iba a compartir con Alatirno mis sospechas cuando vi que su rostro había adoptado una expresión de absoluto terror.

—Kátsar...—murmuró señalando mi hombro, donde minutos antes algo me había aferrado.

Despacio, muy despacio, giré la cabeza para descubrir de qué se trataba. Puedo asegurar que he visto muchas cosas en mi vida pero incluso aquello hizo que me estremeciese. Una mano esquelética donde apenas quedaban pequeños trozos de carne putrefacta seguía aferrada con fuerza a mi hombro. Me sacudí y lancé el miembro amputado al mar. Alatirno seguía mirándome horrorizado.

—Al final voy a creer al viejo capitán y sus historias sobre aguas malditas—dije para romper el silencio y relajar a mi amigo.

Mientras el bote avanzaba lento y sin rumbo la niebla estaba empezando a disiparse, estaba amaneciendo y el sol dibujaba en el horizonte de nuevo la silueta de Mérlobock.

—¿Dónde crees que estaremos?—pregunté a Alatirno, que parecía haberse quedado mudo—. ¿Crees que estaremos ya en las Calas de los Ahogados?

Alatirno observó la tierra firme que se dibujaba al fondo pero no parecía reconocerla.

—Sin el capitán y las cartas de navegación es difícil saber dónde nos encontramos—dije de repente, adoptando de nuevo el papel de un buen cartógrafo.

—Lo que está claro...—dijo Alatirno al fin—. Es que estamos en costas peligrosas.

—Lo que está claro...—murmuré con desaprobación—. Es que nos hemos quedado sin cerveza.

Kátsar